III.

EL GALLO PITAGÓRICO.

DIALOGO ENTRE ERASMO LUJAN Y EL GALLO.

Erasmo.—Buenas noches, amigo Gallo.

Gallo.—Las tengas muy buenas, amado Erasmo.

E.—Hace mas de mes y medio que con mi beneplácito y santa bendicion te paseas por todo México, segun el convenio en que terminamos nuestra anterior conversacion. Supongo que habrás aprovechado el tiempo, y que tendrás el buche lleno de noticias y observaciones, dignas de servir de comentario al tratado que escribió Quevedo, titulado: *Libro de todas las cosas, y otras muchas mas.*

G.—No llega á tanto mi vanidad; pero no faltan algunas cosillas con que divertirnos á costa del prójimo.

E.—Me escandalizo de oir hablar en estos términos á Pitágoras. ¿Cómo? Divertirse á costa del prójimo....?

G.—¡Toma! y aun destrozarlo, como vamos á hacer ahora nosotros.

E.—Jamas, jamas haré yo semejante cosa.

G.—No seas tan escrupuloso, ó mejor decir, tan necio. Escucha. Es un crímen imperdonable murmurar del prójimo, tomando por asunto de la conversacion ó de la crítica, el crédito, el honor, la conducta de una persona determinada; pero es una virtud atacar los vicios en general. Es cierto que al pintarlos ó reprenderlos, muchas personas se encontrarán retratadas ó reprendidas; mas esta no es culpa del que pinta ó reprende, sino del criminal que con su conducta se ha colocado en el número de los viciosos. En un sermon se declama contra la embriaguez, contra el robo, contra el adulterio, y nunca se ha tenido por malo, sino por muy escelente, predicar contra esos vicios. Y si en el auditorio hay borrachos, ladrones y adúlteros, tanto mejor; para esos puntualmente se predica, con el fin de que se enmienden. Lo mismo hacemos nosotros: hablamos y escribimos contra los vicios políticos comunes en el pais en que vivimos; si entre nuestros oyentes ó lectores se hallan algunas personas á quienes comprenda nuestra crítica, tanto mejor; acaso se enmendarán.

E.—Quedo convencido de que no cometerémos delito alguno, si en nuestra conversacion no determinamos individuos, sino que nos contraemos á los defectos que observamos como notorios y comunes.

G.—Pues para que ni aún el menor escrúpulo te quede de que podemos hacerlo lícitamente, atiende á este ejemplito. Yo en mis *Versos dorados* dije lo siguiente: "Los hombres mismos son los ar-
" tífices de sus propias desgracias. ¡Desdichados!
" Ellos no ven los bienes que tienen bajo sus
" ojos; sus oidos se cierran à la verdad que les ha-
" bla. ¡Cuán poco conocen los verdaderos reme-
" dios de sus males! Este es el modo con que el
" destino hiere al entendimiento de los humanos.
" Semejantes á cilindros frágiles, ruedan acá y
" allá: se chocan sin cesar, y se rompen los unos
" contra los otros."

E.—¡Escelente mácsima! cuya verdad confirman nuestras revoluciones domésticas, nuestros partidos, y nuestras opiniones. Mas si esa sentencia admirable fuera original de algun pobre redactor del *Siglo XIX*, quizá no faltaria quien la calificara de anárquica, subversiva, escandalosa, enemiga del órden, anti-regeneratrix, *piarum, aurium offensiva*, prócsima á heregía, &c. &c.

G.—Pues ahí entra perfectamente mi reflecsion. Cuando escribí esa mácsima, no solo carecia del menor conocimiento de tus paisanos, sino que ni se soñaba en el antiguo continente que ecsistiese este nuevo en que hoy habitamos. ¿Pude yo ofenderlos porque muchos se encuentran comprendido en mi sentencia? Pues lo propio debe ser, aunque no yo, sino tú, ó Perico de los palotes la dijese; conque así, fuera escrúpulos, y vamos adelante.

E.—Sí, vamos, y ante todas cosas dime: ¿qué has oido decir de nosotros?

G.—¡Oh! *Mirabilia.* Unos con sus alabanzas nos suben hasta las nubes; otros con sus vituperios nos ponen *cual digan dueñas.* Principalmente éstas, revientan de cólera contra nosotros; y si cogieran al pobre Gallo entre sus manos, cuando mejor librado saliera de la refriega, quedaria sin cola y sin cresta. ¡Pobrecitas! Son disculpables: yo les perdono para aquí y para ante la presencia de Dios; pues bastante castigadas están con sus amoríos, porque como dice sabiamente Guarini:

Non é pena maggiore,
Che'n vechie membra il pizzicor d'amore (*)

E.—Es verdad: no puede haber mayor tormento

(*) *Il pastor Fido, att* 1 *sc.* 1.ª

que sentir la fuerza de una pasion amorosa, y no poder inspirarla, ni saberla vencer. Yo tambien perdono de todo corazon à mis *nanitas;* sin embargo de que nos habrán hecho gran perjuicio, pues las mugeres son enemigos temibles por el influjo que tienen sobre los hombres, y sin duda habrán logrado que tu *amarrador* no haya podido vender un solo gallo, y ya no querrá amarrar otros, lo que refluirá en nuestro daño, porque ya no se atreverá á sacar á plaza esta segunda conversacion, la cual quedará oculta por toda la eternidad.

G.—Eso no, aunque mi *amarrador* hubiera tenido una gallera tan grande como la plaza de toros, se habria quedado hasta sin una pluma, segun la demanda que ha habido de gallos. Así que, no hay miedo de que nuestra conversacion no llegue á oidos del respetable público.

E.—Me has vuelto el alma al cuerpo: buen susto habia llevado, y una vez que se han vendido tantos gallos, es señal de que no han sido recibidos con disgusto, aunque hayan dado sus piquetillos à algunas personas. Vamos, pues, entrando en materia. Dime algo de lo que hayas oido sobre forma de gobierno, bases para la futura constitucion, caracteres y opiniones de los diputados que hasta ahora se han reunido, pretensiones del gobierno &c.

G.—No estoy en este momento templado á lo político y diplomático. Nos entretendrémos con

cosas mas agradables. Bastante tiempo queda para ocuparnos de esos objetos, como lo harémos alguna vez, y Dios quiera que sea con la risa en los labios y no con las lágrimas en los ojos. Vamos haciendo colacion con un pedacito de prójimo; pues ya te dije que cuando no se tira á persona determinada, no hay riesgo alguno en declamar contra los vicios. Los críticos han de ser como los cazadores que tiran al aire: arrojan el tiro á una multitud de perdices que vienen volando; la que cayó cayó, y adelante. Así los críticos: descargan el tiro de la sátira contra la masa del pueblo, y el individuo que cayó, *requiescat in pace.*

E.—Bien dicho: comienza por donde gustes.

G.—Pues si yo he de comenzar, te pregunto, ¿si viste la procesion del Corpus?

E.—¡Qué habia de ver! Si gracias al aprecio con que se ve á los empleados, ese dia casi no tenia que comer: de suerte, que aún á tí mismo si te hubiera encontrado, acaso en vez de ponerme á conversar contigo, te hubiera torcido el pico para almorzarte en compañía de mi familia.

G.—¡Bendito sea Dios que no me encontraste! No hubiera sucedido que cayeras en la tentacion de comerme. Pero no sé con qué mayor aprecio se puede ver á los empleados, cuando en la procesion iban muchos con ricos uniformes flamantes, la tropa vestida de nuevo, y algunos gefes con un lujo asiático, tanto que cuando la tropa daba vuelta por

las esquinas de las calles, formaba un arco-iris, segun los diversos colores que presentaba, y se hacian mas visibles con el brillo de las armas. Yo hacia dentro de mí esta reflecsion: Ese arco-iris de la tierra es el antiperístasis del que resplandece en el cielo, pues cuando este es el mensagero de la paz, aquel es el funesto nuncio de la guerra.

E.—Gallo mio, para estos se hizo la independencia, como vulgarmente se dice: los empleados de oficinas recaudadoras y el ejército predilecto, son los únicos que no sienten la miseria en que yacen los demas funcionarios, principalmente los del ramo judicial, que siempre han sido muy desatendidos.

G.—En efecto, esa misma queja he oido aun á empleados de alto rango: y ciertamente que es una monstruosidad, que no da idea muy favorable de la distribucion de las pocas ó muchas rentas de una nacion, el que unos empleados estén sumergidos en la mas espantosa miseria, cuando otros nadan en la abundancia. El hambre ó la comida debian repartirse á prorata. Ahí tienes; ¿cómo han de caber esas cosazas ni aun en el buche de un gallo? es preciso echarlas fuera, ó reventar.

E.—Y en verdad que si no reventamos de congoja y desesperacion, no reventarémos jamas de hartura. Te aseguro que ya no sé qué partido tomar.

G.—El mejor seria que abandonases una profesion en que has gastado tu vida y salud, y que te es tan poco productiva, no por culpa tuya, sino de los que debian cuidar de tu subsistencia, una vez que sirves al público.

E.—Pero, ¿qué carrera he de tomar al cabo de la vejez?

G.—Métete á sastre. Si quieres, yo te enseñaré el oficio.

E.—¿Cómo? ¿Tu sabes hacer vestidos?

G.—Ahora lo sabrás. Habiendo visto en la procesion tantos uniformes, me dieron ganas de hacer algunos para ciertas personas, á las que voy á regalárselos y que sirvan de muestra; á ver qué tal lo hace el *maestrito.* Con tal objeto anduve por las calles y me metí en las casas pepenando trapitos, y en los ratos ociosos he hecho algunos vestidos, que ahora verás, pues todos los he guardado en ese cajon vacío que tienes debajo de tu mesa.

E.—Veámoslos: pues que me has picado la curiosidad con esa nueva habilidad tuya.... Aquí está el cajon....Vaya, vaya, ¿qué vas á vestir muñecos del portal? Estos vestiditos parecen juguetes de niño.

G.—Aunque los ves tan chicos, están encantados. Con uno solo basta para vestir innumerables personas, y ademas se agrandan, achican, se ensanchan y estrechan segun el cuerpo que se los pone, de suerte que cualquiera de ellos viene pintiparado á cada individuo de su clase. Ya conocerás si soy buen oficial.

EGOISTAS.

E.—Y cómo que lo serás, si es cierto lo que me aseguras. Saquemos el primero. ¡Qué bonito está! Es un vestido de última moda de raso tornasolado que varía de colores segun le hiere la luz. El sombrero es magnífico; pero en lugar de plumas trigarantes tiene una veleta. Para quién es este vestido?

G.—Para una multitud de hombres *prudentes*, que no tienen opinion fija en nada, si no es la de medrar, sea como fuere. Estos han seguido por sus pasos contados la escala de las opiniones, y aún de las personas. Han sido monarquistas, federalistas, centralistas, borbonistas, iturbidistas, guerreristas, bustamantistas, santanistas, y si cayera la república en manos de Heródes ó Pilatos, serian tambien herodistas ó pilatistas, porque *no se tientan el corazon*, ni se paran en pelitos.

E.—Detestable conducta!

G.—Así dicen muchos estoicos como tú; mas no tienen razon en lo que dicen, y aunque los llamen egoistas y pancistas, para mí no son otra cosa que unos hombres *sensatos*, que procuran conformarse

con aquel principio de derecho natural, que nos obliga á mirar por nuestra propia conservacion. ¿No es así?

E.—Muy irónico estás, Gallo mio. Si la conservacion ha de costar á un hombre el sacrificio de su honor, de su conciencia y de su patria, mas

vale no ecsistir que conservarse á tan caro precio. Yo, aunque me llames estóico, siempre diré que semejantes animales bípedos son egoistas y pancistas, porque enseñado por Boileau,

J'appelle un chat, un chat, et Rollet un fripon (*),

que traducido á nuestro idioma quiere decir:

Yo llamo á un gato, gato.
Y á *fulano* un bribon.

En lugar de la palabra fulano puedes poner multitud de nombres, que se acomodan perfectamente sin que se altere la medida del verso, ni la verdad de la proposicion.

G.—Ahí está tu equivocacion. Esos hombres ningun sacrificio hacen; porque no tienen honor, ni concienia, ni patria. Su persona es su patria, su honor es su dinero, y su conciencia su comodidad.

E.—Pero, ¿cómo han de ser hombres, entes que carecen de aquellas circunstancias?

G.—Son hombres, y mucho que lo son; mas de aquellos á quienes les viene de molde la definicion que dió al hombre cierto filósofo allá de mi tiempo: *animal de dos piés, sin plumas.*

(*) *Sátira* 1.ª

E.—Ahora bien, si no son hombres mas que en la figura, pero en realidad animales bípedos, no repruebo su conducta. A ver otro vestido.

RICOS IMPROVISADOS.

G.—Helo aquí. Es un saco negro, con un cucurucho puntiagudo del propio color, y una varita.

E.—Se parece á los vestidos que sacan en las comedias los mágicos.

G.—Puntualmente eso es: un vestido para los encantadores.

E.—Pues qué, ¿los hay entre nosotros?

G.—Sí, señor, los hay, y á puños y á manojos.

E.—Siempre tú has de manifestar los resabios de las necedades del paganismo.

G.—Tú y otro como tú son los necios. Se les meten las cosas por los ojos y no las ven. Dime: un hombre sin patrimonio, sin giro ó negociacion conocida, que no vemos que trabaje en nada, que siempre ha sido un *arrancado*, que cuando mas disfruta de un sueldo, que aun estirándolo mucho, solo alcanza para vivir con alguna comodidad, y

que de la noche á la mañana aparece con fincas rústicas y urbanas, coches, muebles, vestidos, todo magnífico, y haciendo gastos de un príncipe, ¿no dirémos que esto no puede ser sino por vía de encantamiento? Si estamos cansados de ver hom

bres hábiles y trabajadores, que despues de muchos años de fatiga, apenas consiguen algun descanso para su vejez; ¿de qué manera esplicarémos esos fenómenos de riqueza improvisada, sino apelando á la magia negra y á los encantamientos?

E.—Tienes razon. Confieso que soy un bolo..... Pero, ¿y esa varita es de puro adorno, ó constituye parte esencial del vestido?

G.—¡Toma! Esa varita es puntualmente lo principalísimo, lo esencialísimo del trage. Tocando con ella las compras, las ventas, en una palabra, todos los negocios en que interviene el mágico, le producen cuanto quiere.—Varita de virtud por la virtud que Dios te ha dado, que de este asunto me resulte un buen coche. Al instante parte de Lóndres un escelente landó, con un par de frisones arrogantes, que atraviesan rápida y magestuosamente el Atlántico, de modo que al verlos dirias que era la concha de Anfitrite, tirdaa por sus caballos marinos. Anda, y anda, y nada, hasta que se planta de paticas en la puerta del zahuan del encantador.—Varita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, que me des una hacienda de campo, una casa, ricos muebles. Como lo pide.—Varita de virtud, dame dinero para gastar á talega abierta en cuanto se me antoje. Como lo pide. Las arcas del encantador se llenan de numerario, cuando las bolsas de los ciudadanos, y principalmen de los empleados que no son los susodichos, se hallan tan vacías, que si les echaran una *nadita* de gas hidrógeno, se inflarian como un globo, y caminarian con sus dueños por esos aires de Dios, así como camina *D. Simplicio en la Pata de Cabra.*

E.—Muy productible es la magia negra. Seria bueno que se abriesen escuelas públicas de ella. ¿No sabes el nombre de algun profesor á quien pudiera encomendarse la enseñanza?

G.—No lo sé, porque todos tienen un mismo nombre, pudiendo decir cada uno de su propia persona:

Yo soy Merlin aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo:
Mentira autorizada de los tiempos (*).

En efecto, dice la leyenda que Merlin no fué hijo del diablo, sino que supo dos dedos mas que él; (†) y yo no lo dudo, porque entre nosotros hay algunos Merlines, que saben no dos dedos, sino tres cuartas mas que el diablo; pero él les dará el pago: buen provecho les haga: yo miéntras se pasean en sus coches y se divierten en sus convites, me divertiré tambien cantando aquellos versos de una letrilla de Góngora:

Da bienes fortuna
Que no están escritos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
¡Qué diversas sendas

(*) *Cervantes.*
(†) *El mismo en su Quijote, seg. parte.*

Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
A otros sambenitos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

--- --- ---

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huevo,
Al sol bambolea;
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

Dejémosles que gocen de su Abril y Mayo, y veamos otro vestido.

MILITARES.

E.—Este es un uniforme de papel blanco, blanco, lleno de divisas militares. ¿A quién le viene este saco?

G.—A una multitud de campeones, cuyas hojas de servicio se hallan tan limpias y tersas como las de que hice el uniforme.

E.—Pues ¿cómo han podido obtener ascensos militares, si no los han merecido ni ganado?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

G.—Ahí està el busilis. Hay algunos hijos de Marte á quienes la desgracia jamas ha permitido manifestar en el campo de batalla que lo son. Su valor deja muy atras á los doce pares de Francia, á Bernardo del Carpio, al Cid Campeador... pero,

¿qué digo....? Cada uno de ellos es un Pyrgopolinices (*), aquel furibundo soldado que de una puñada hacia pedazos el muslo de un elefante. ¡Qué hazañas no habrian hecho en la compaña! Pero su mala suerte les ha impedido llenar el mundo de sus gloriosos hechos. Parece que el diablo lo hace adrede: siempre que tienen que salir á la guerra, la víspera que marche su regimiento se enfermáran y se enfermáran, así podian decirse misas de salud en todas las iglesias de la república. Nada.... imposible que el niño pueda ni aun levantarse de la cama; y si no, ahí están las certificaciones de los médicos que no le dejarán mentir. ¡Maldita enfermedad, que privas á la nacion de los esfuerzos de unos hijos tan valientes! Señor comandante general, es preciso que vd. conceda su licencia al enfermo para que se restablezca, que él promete bajo su palabra de honor, ir á unirse á su regimiento *tan luego* como se lo permitan sus enfermedades: promesa que cumple al pié de la letra, porque aunque no sea mas que á *Tlalnepantla* á encontrar á su regimiento cuando viene de vuelta de la campaña, saldrá, y mucho que saldrá, así podian llover chuzos.

E.—Todo estará bueno; pero lo cierto es, que

(*) *Significa* vencedor de torres y ciudades: *nombre irónico que da Plauto á un soldado fanfarron que es el protagonista en una de sus comedias titulada:* Miles gloriosus.

sea por enfermedad, ó por lo que quisieres, él no prestó servicio alguno que merezca recompensa, y solamente con buenos deseos no se gana el cielo, si no se reduce á práctica.

G.—Eso es el cielo; mas aquí estamos en la tierra, y se trata de ganar charreteras y bandas. Ademas ¿qué culpa tuvo el héroe putativo de que la enfermedad no le permitiese descabezar ciento ó doscientos enemigos del órden con su brillante y tajadora espada?

E.—Yo estoy en mis trece. No hay razon para premiar al que nada ha hecho.

G.—Pues para que te apees de tus trece y aun de tus catorce, y veas que esos premios no se han concedido *tan ainas* á ese militar, registra las bolsas del uniforme.

E.—Regístrolas..... Aquí hay muchas cartas y certificaciones. Bien: ¿qué significa eso?

G.—Significa que aunque la hoja de servicios esté mas blanca que un armiño; y que cuanto en ella consta puede escribirse con letras de misal en el ala de una mosca, sobra la mitad, el espediente en que se refieren las constancias de los méritos levanta dos dedos larguitos. Allí verás, que cuando el referido militar estuvo de guarnicion en tal parte, de comandante en tal otra, *fué, hizo, tornó y volvió* cosas que no están escritas. Por aquí tantas certificaciones de ayuntamientos, prefectos, jueces, &c., en